

PREMIOS NACIONALES DE PERIODISMO

veintidós
CARACTERES

Jacqueline Hott Dagorret
Consuelo Larraín Arroyo
EDITORAS

AGUILAR



UNIVERSIDAD
FINIS TERRAE



PATRICIA VERDUGO

Patricia Verdugo (1997):

JUSTICIA DE IMPRENTA



Siempre demostró aptitudes para nadar contra la corriente: dirigió protestas por causas que comprometían su espíritu juvenil.

«Me desperté muy temprano, de golpe, con el corazón retumbándome en el pecho (...) Lo había visto, la imagen de mi padre era nítida. Estaba tendido, con los ojos cerrados, parecía dormir. Sólo vi su pecho y su cabeza. Estaba vestido y lo cubría el agua, una capa de agua transparente de no más de veinte centímetros de espesor. ¡Está muerto, está muerto!, gemí... (...) le pedí un favor a mi marido (Edgardo Marín): ir a la morgue nuevamente. 'Esta vez tú solo, le rogué...' (...).

—Patricia...

—Sí...

—Aquí está. Lo sacaron del Mapocho»¹. (Julio de 1976)

De la injusticia nacen los deseos de justicia, del dolor nace la fuerza para lograrla y cuando el miedo llega a su límite, el resultado puede traducirse en las acciones más audaces.

pero el deber para con los muertos no me da tregua: ellos murieron, tú vives. Cumple con tu deber a fin de que el mundo sepa todo aquello»², —y las transforma en el emblema de su vida.

«Da lo mismo si el signo ideológico por el que se mata es de derecha o izquierda —argumenta la periodista—, si es en nombre de los musulmanes o de la Iglesia Católica, la barbarie es matar. Para las generaciones que siguen deseo un mundo sin armas. Las mías son la paz y la razón. Así como mi padre fue asesinado, seguramente lo será un nieto o un bisnieto. Pero no voy a renunciar

su padre ejercía sobre ella una especie de hipnosis —era un «complejo de Electra»⁴, diría— y en los atardeceres, cuando el constructor civil Sergio Verdugo trabajaba en el escritorio de la casa, ella se sentaba a su lado. Permanecía tranquila repasando las marcas de letras y números grabadas en la carpeta que él usaba

«El mundo que deseo para las generaciones que siguen es un mundo sin armas. Las mías son la paz y la razón».

Una mezcla explosiva e imbatible. Ningún enemigo es suficientemente poderoso cuando se anula incluso la lógica más elemental que guía al instinto de supervivencia.

Tras el homicidio de su padre, Patricia hace suyas las palabras de Alexander Soljenitzin —«Hubiese podido descansar, relajarme, respirar,

ni como persona ni como periodista a ese sueño que la vida sea una copia del paraíso, porque si lo hiciera renunciaría a ser persona».³

VIVENCIA A VIVENCIA

En 1950 Patricia tenía solo tres años y ya sabía escribir. La figura de

para no rayar la mesa. La mayor de cuatro hermanos, tuvo su primera escuela al lado del hombre que sería su guía, su apoyo y su cómplice porque ambos soñarían, más tarde, con el mismo Chile.

Esa imagen de país comenzó a formarse lentamente entre la compañía paterna y su primer uniforme,

que la identificaba como alumna del Nido de Águilas, colegio al que asistió hasta tercero básico. Ahí empezaron a permear su conciencia los conceptos de igualdad entre razas y sexos, el respeto a la libertad y a la diversidad. «Mi primer recuerdo traumático —evoca— es de una vez que robé. Tenía como cinco años y me enamoré de un lápiz de una compañera. Fue mi primer aprendizaje sobre cómo la conciencia reprocha el acto indebido. Finalmente, al ponerlo de nuevo en su estuche pude liberarme de la sensación de culpa».⁵

Poco después se liberó también del miedo. A los siete años, el sacerdote Enrique Alvear la tomó de la mano y le dijo que los niños no tenían pecados. Recién entonces ella se atrevió a denunciar a un religioso catequista del convento de San Agustín, quien había tenido conductas sexuales indebidas con ella. «Quizás eso haya sido marcador en mi vida, respecto a cómo reconocer e identificar los abusos y ser capaz de sortear el obstáculo para denunciarlos».⁶

Su carácter se fue moldeando y comenzó a sugerir una forma auténtica y rebelde que con cada vivencia se nutriría de causas y argumentos. Del Nido de Águilas fue trasladada a las Monjas Carmelitas de Ñuñoa. «Casi la expulsan», cuenta su madre, Carmen Aguirre. «Por ejemplo, le daban un trabajo de San Agustín y el resultado era la historia de un hombre que se había casado y luego separado. A las monjas les daban ataques».⁷ Claro, Patricia obtenía los datos de la gran biblioteca de su casa, sin respetar fronteras entre libros infantiles y de adultos.

En el Liceo 9 conoció la riqueza de su país: todas las clases sociales se fundían producto de una enseñanza

estatal que fomentaba la participación. Dirigió el primer centro de alumnos —ella iba por la DC y su contrincante fue nada menos que Mónica González, entonces comunista⁸ —e inició protestas por los sueldos del profesorado, la guerra de Vietnam y otras causas.

Era la segunda mitad de la década del 60. La Guerra Fría entraba a su etapa de mayor tensión en un contexto de revoluciones y cambios culturales. Viene el apogeo del hippismo y los estudiantes marchan por las calles de París en el célebre Mayo del 68. «Nosotros hicimos antes una reforma —cuenta Patricia—; nos tomamos la Universidad Católica y fuimos capaces de ganarle al Vaticano, que tuvo que poner un rector civil...».⁹

En 1968, a los veintiún años, se tituló de periodista con distinción máxima. Poco después entraba a la iglesia luciendo un hermoso y casi tradicional vestido blanco —que su mamá le rogó se pusiera— y un ramo de flores entre sus manos para recibir por esposo a Edgardo Marín, también periodista.

¿GOLPE O PRONUNCIAMIENTO?

Luego de mil días se ponía fin el 11 de septiembre de 1973 al gobierno de la Unidad Popular: la «vía chilena al socialismo» que en menos de tres años había endeudado al país en ochocientos millones de dólares, arrasando con la propiedad privada. En 1973 la inflación fue superior al 600% y la escasez era dramática. «Yo recuerdo perfectamente las colas. Uno veía una y sin saber para qué era se paraba al final en la esperanza de obtener productos de difícil acceso», dice Patricia.

En 1972 la comisión política del partido Socialista había sentenciado: «El estado burgués en Chile no sirve para construir el socialismo y es necesaria su destrucción. No hay posibilidad de transformación total del sistema actual sin quiebre (...). En última instancia será el enfrentamiento violento el que decidirá quién es el vencedor». El 7 de mayo de 1973 la Corte Suprema denuncia la ruptura de la juricidad en el país y el 26 del mismo mes proclama la crisis del Estado de Derecho. Tres meses después, la Cámara de



Con la abogada Carmen Hertz, coautora en el libro *Operación Siglo XX*.

Diputados aprueba por mayoría un acuerdo haciendo un llamado a poner fin al clima de ilegalidad.

«(Las Fuerzas Armadas están luchando)...contra del hambre, contra la pobreza, contra la miseria, contra el sectarismo al que nos estaba llevando el señor Allende, mientras él se satisfacía con fiestas y parrandas en la casa», comunicaba Augusto Pinochet desde el Puesto Uno en una conversación entre militares que fue interferida el día 11 de septiembre de 1973.¹⁰

Desde el mismo día del golpe militar, todos los medios de izquierda habían sido clausurados: «(...)Los canales de televisión estaban militarmente intervenidos y sólo permanecían circulando los medios de Derecha y los ligados al centrista Partido Demócrata Cristiano. Mi revista (*Ercilla*) era uno de estos últimos y tenía un sólido prestigio de cuatro décadas de vida. Pero nuestro sema-

nal ejercicio de libertad de prensa se vino al suelo con el golpe. (...)La censura militar revisaba todos los textos. Las páginas de prueba partían cada semana a la oficina del censor y volvían tachadas con lápiz rojo...», recuerda Patricia en *Bucarest 187*.

DOLORES DE FUEGO

Si ya durante el gobierno de la UP Chile se había dividido, el 11 de septiembre del 73 vino a profundizar este abismo. La familia de Patricia lo experimentó en carne propia: su hermano menor, Roberto, y su tío Gustavo Verdugo pertenecían a las Fuerzas Armadas, en tanto su padre militaba en la DC. Incluso ella estaba ligada a la Escuela Militar desde 1969 como relacionadora pública, labor que abandonó cuatro años después para trabajar a tiempo completo en *Ercilla*.

La década del setenta no sólo significó la desunión absoluta de los Verdugo Aguirre —y fuertes enfrentamientos de la periodista con su tío coronel de Ejército y su joven hermano, asignado a la DINA—, sino también fue el comienzo de la época más dura de la vida de Patricia. Edgardo, su primogénito, murió en 1971, cuando tenía un año, a causa de un riñón mal formado. «Vivimos así la pesadilla larga y profunda de quedarnos con la cuna vacía, con los brazos vacíos. Salimos de ese túnel, día por día y centímetro a centímetro, con la vida nueva que hinchaba mi vientre.»¹¹

Esa 'vida nueva' era Felipe. Él asegura que el día en que nació, un año después de la muerte de su hermano, su mamá «esperaba encontrar una marca física en mi cuerpo que le dijera que yo era Edgardito. Pero al verme comprobó que yo era absolutamente distinto».



En la sede del Partido Socialista, con Fanny Pollarolo recibiendo un homenaje por su labor en favor de los derechos humanos.

Ángela vino al mundo en mayo de 1973. «Goga' la llamó el pequeño Felipe, un nombre que evocaba los 'go' y los 'ga' que ella emitía en la cuna (...) Así fue como Ángela nos regaló alegría hasta que —un nubla-

cia de alimentos ricos en proteínas (con el consiguiente círculo vicioso de subdesarrollo-subalimentación-subdesarrollo) hace del problema de la carne una cuestión tan urgente como difícil de masticar».¹⁵

aparecían en las listas oficiales de los centros de reclusión se interpone el 15 de marzo de 1974. En la revista *Ercilla* no se pudo publicar ni siquiera brevemente la noticia. «Dejamos de hablar con franqueza hasta

Las sentencias se fueron acumulando, los procesos salieron a la luz y el trabajo de la periodista sería recompensado:

Los zarpazos del Puma (1989) logró vender 200 mil ejemplares

do día de febrero del 75— retomó las alas y partió. No hubo aviso. Solo un color azulado que le pintó súbitamente los labios y un llamado de emergencia al pediatra (...) Y recuerdo el color del cielo cuando el médico me apartó para asistirle y alcé la mirada clamando auxilio. 'Dios mío, dos no, dos no'. Sé que lo repetí gritando, buscando un resquicio entre las nubes para llegar directamente a él y pedir piedad».¹³

PESADILLA EN LA ABUNDANCIA

En esos años de dolor Patricia jamás abandonó su trabajo. Emilio Filippi, director de la revista *Ercilla*, afirma que una de las cualidades de la periodista fue que «tuvo la fortaleza, al igual que sus compañeros, de no ser sectaria en la profesión. Le tocó hacer Economía, por ejemplo, y abordó muchos temas de gran importancia en sus reportajes. Esto lo había hecho antes del gobierno de Pinochet y continuó después».¹⁴

«El desolador mercado negro de la carne terminó y las gigantescas colas frente a las carnicerías, con mantas y fogatas para pasar la noche desaparecieron (...) —escribía Patricia en agosto de 1974—. La crónica caren-

Y mientras los chilenos se acostumbraban a las nuevas reglas como el toque de queda y la censura, el gobierno intentaba poner en orden las cuentas fiscales. «Cuando dijeron que nos iban a construir una escuela, mi mamá no creyó que fuera cierto. Total, tantas veces nos prometían cosas y no pasaba nada. Y como callampa, de la noche a la mañana apareció la escuela lista (...)»,¹⁶ declaraba Robinson Valdebenito —un niño de la población San Luis— a Patricia a un año de asumir Augusto Pinochet.

Pero incluso reconociendo esos méritos del nuevo gobierno, ella no tuvo ninguna duda en ser una periodista disidente y en aprovechar cada espacio y resquicio. «Aprendí primero el lenguaje misterioso que permitía comunicar a pesar de la censura. Aprendí luego a avanzar dos pasos y retroceder uno, de modo de ir corriendo los límites de la libertad de expresión»,¹⁷ diría años después. Porque el éxito de los cambios en la política monetaria y fiscal del gobierno no alcanzaron a cubrir con su brillo noticioso los movimientos oscuros que serían el origen de la tantas veces repetida pregunta ¿dónde están?

El primer recurso de amparo por ciento treinta y un detenidos que no

entre nosotros. La autocensura invadió todos los espacios (...). Creíamos que los teléfonos estaban intervenidos, que había micrófonos en salas y oficinas»,¹⁸ cuenta Patricia.

Dos años después experimentó una de las tristezas más grandes de su vida. Su padre, Sergio Verdugo, presidente del sindicato de la Sociedad Constructora de Establecimientos Educativos, fue asesinado por miembros de la Dirección de Inteligencia de Carabineros, DICAR.

«(...)ese julio de 1976, al saber que mi padre estaba muerto, se me abrió un boquete en el estómago (...) Debí parecer un fantasma enfundada en ropa de luto. Escuchaba las voces muy lejanas y las imágenes se me tornaban blandas, como cuadro surrealista de Dalí. Me enfrenté al ataúd (...) conocí el miedo en grado extremo. Las vísceras me temblaban todo el día, la voz me salía entrecortada y las manos aleteaban como mariposas moribundas (...)».¹⁹

ENTRE LA CENSURA Y LA LIBERTAD

En enero de 1977 Patricia renuncia a *Ercilla* junto al resto del equipo periodístico, en solidaridad con el director Emilio Filippi, quien

no se entendió con los nuevos dueños, el grupo Cruzat-Larraín. Entonces deciden fundar la revista *Hoy* cuyos cimientos —recuerda Filippi— se sustentaron en la férrea creencia «de que nosotros podíamos ser periodistas libres y enfrentar el desafío con la esperanza de terminar con la censura y crear conciencia. Comenzaban a surgir ‘verdades’ que no se publicaban en la prensa: muertes, torturas y represión».

Corría el año 79 cuando el pegamento que mantenía muchas bocas selladas se venció. El año anterior, el país recibía la noticia de los cadáveres descubiertos en los hornos de Lonquén, situación que Patricia Verdugo revive en *Bucarest 187*. Lautaro Castro, capitán de carabineros, había explicado el hecho diciendo que mientras llevaban a los detenidos, amarrados, por entre los cerros, «un grupo extremista había

comenzado a disparar. Cuando se silenciaron los disparos, todos los presos estaban muertos y ningún carabiniero resultó herido». Castro ordenó entonces esconder los cuerpos en el horno de cal. «Su relato era escalofriante: ‘Los cuerpos eran subidos por el costado derecho del horno y comenzaron a ser lanzados de a uno, cayendo libremente hasta llegar abajo(...) Una vez arrojados los cuerpos, comenzamos a echar tierra, piedras, ladrillo...’». ²⁰ Para Patricia la mentira era evidente: «La autopsia no encontró rastro alguno de disparos. Los enterraron vivos».

En la revista *Hoy* la periodista continuaba publicando sus denuncias, como la de la joven profesora Sonia Aguayo: «(...)Su pesadilla comenzó cuando, nueve días después de la desaparición de (su marido) Juan Ramón, se enfrentó al horrible espectáculo en el Instituto Médico

Legal: sin brazos, sin piernas y sin cabeza, el cuerpo N.N. se reducía a un tronco calcinado y a las mandíbulas. Ella vio los dientes y supo lo que, al día siguiente, confirmaron peritos dentales». ²¹

Estos testimonios y su experiencia se fueron acumulando en su retina y desde allí traspasaron hasta la médula de sus huesos. Los impulsos nerviosos que llegaban a su cerebro terminaron forzándola a escribir en 1979 su primer libro-reportaje en coautoría con Claudio Orrego Vicuña: *Una herida abierta*, texto prohibido por el régimen. «Mi sueño —señala Patricia— era que llegara, por lo menos, a los hijos de los generales y que ellos les preguntaran a sus papás: ‘qué es esto, de qué se trata’».

Hicieron una ceremonia de lanzamiento casi clandestina. La única manera de dar a conocer este texto «de facto» fue a través de un correo



En una manifestación del movimiento Mujeres por la Vida, creado en 1983.

privado que contenía las direcciones de una lista de «socios» de la editorial Aconcagua. Pero ésta y otras osadías de Patricia cuyo objetivo final era lograr una «Justicia de Imprenta»²² tenían un costo que, a veces, ella pensó no poder sobrevivir.

Las llamadas de amedrentamiento cobraban distintos grados de intensidad. En una ocasión una voz siniestra le describió por el teléfono la ropa que su hijo Felipe llevaba ese día. En otra, el peligro viajó hasta la puerta de su casa para hacer sentir su frío de muerte. «Señora, le llegó un paquete...», le anunció la empleada. Bajó la escalera corriendo, lo tomó y leyó el remitente: «Puerto Montt»: Pena de Muerte en el idioma de la DINA. Al interior descubrió otra macabra amenaza: un pescado podrido sin cabeza.

INUNDACIÓN DE VOCES

Mientras Patricia se involucraba cada día más en la lucha política del país, en 1983, tras catorce años, su matrimonio con el periodista Edgardo Marín se desmoronaba. Volcó entonces toda su energía en la profesión y en la labor gremial. Asumió la presidencia del Colegio Metropolitano de Periodistas y su gremio decidió ironizar la censura en una movilización donde amordazados, en el más absoluto silencio, caminaron por las calles santiaguinas, mostrando a la gente lo que para ellos y muchos otros representaban los años de gobierno militar.

El 17 de agosto de 1983 ocurriría el atentado que le costó la vida al Intendente de Santiago: «(...)un comando del MIR mató al general Carol Urzúa. Eso ocurrió a pocos metros de mi casa, vivíamos en la misma calle. Él iba saliendo, a las

ocho y media de la mañana, cuando se escucharon los disparos. Los tres cuerpos quedaron ahí, bajo la fría llovizna. El general Urzúa, su chofer y su escolta(...) La mirada se me iba de los bultos cubiertos hasta las ventanas de la casa del general. Ahí debía haber una esposa, quizás hijos, una familia en estado de shock. Tuve ganas de entrar, de abrazarlos, de decirles que entendía cada sollozo. Porque el crimen es crimen, quienquiera que sea la víctima y el victimario».²³

Mujeres por la vida fue un movimiento que se creó en el año 83. María Olivia Mönckeberg recuerda: «Esa idea nació después de una protesta cuando nos juntamos María Rozas, Patricia y yo en la antesala de la Confederación de los Trabajadores del Cobre. Conversamos sobre qué se podía hacer para mover un poco a las mujeres. Ahí se nos ocurrió que teníamos que convocarlas por la defensa de la libertad y la vida».²⁴

«El (teatro) Caupolicán —recuerda Patricia— se llenó a más no poder, la conducción de las actrices Ana González y Ana María Palma estuvo magistral, Isabel Aldunate guió el canto colectivo y Sola Sierra nos bailó su cueca sola (...) Un día, tuvimos tres columnas marchando por las calles de la comuna de Providencia en la explanada de Carlos Antúnez (...). A la cabeza de dos de ellas, la DC Carmen Frei y la comunista Fanny Pollarolo, en el mensaje de unidad que requeríamos. Las imágenes de represión policial, del carabinero bastón en alto frente a las mujeres arrodilladas en el suelo, dieron la vuelta al mundo».²⁵

Pero ella cargaba con su lucha propia: establecer la verdad sobre lo ocurrido con su padre. Un día recibió la invitación de Lucía Pinochet Hiriart a tomar un café a su oficina.

«Apenas cruzado el formal saludo, ella marcó el escenario. ‘Lamento mucho el crimen de tu padre, Patricia. En estas situaciones siempre se dan excesos que debemos lamentar...’ (...) Por fuera, parecía atenta a sus palabras. Por dentro, con el pulso acelerado, me resonaban sus palabras ‘crimen’ y ‘exceso’. ¡Desde la propia familia de Pinochet me llegaba finalmente la información de lo ocurrido!».²⁶

Patricia seguía investigando el homicidio de Sergio Verdugo apoyada por amigos como Jaime Hales, abogado de derechos humanos. «Salíamos a almorzar juntos todos los días. Ella iba al centro a hacer los trámites judiciales, pasaba a mi oficina y decía: ‘Necesito oxígeno’. Este lugar se convirtió para ella y para muchos otros en una especie de gran remanso (...)».²⁷

Gran admirador de la periodista, Hales la describe con tres palabras: «integridad, inteligencia y pasión. Su pasión e inteligencia le han permitido moverse en muchas partes. Pero lo más destacable es su integridad, porque tiene principios inamovibles. Admiro su respeto por las personas, su capacidad de amar y de defender la libertad».

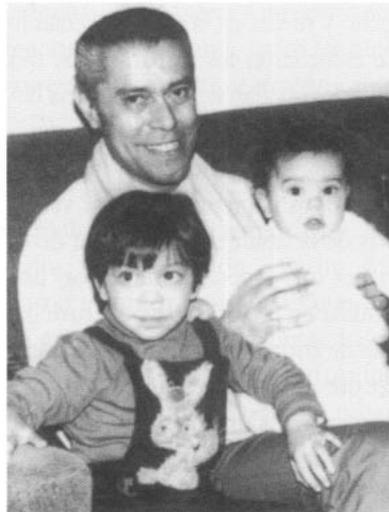
Otro gran amigo de esos años que la ayudó a sobrellevar esa etapa de su vida, fue Luis Matte Valdés, ex ministro de Vivienda de Allende e hijo del fundador de La Papelera. Separado y con siete niños a su cargo, se une a Patricia a fines de ese año 84 y, en 1986, se convierte en el padre de su tercer hijo, José Manuel. Ambos vivieron en una gran parcela en La Florida reuniendo una ‘parvada’ de diez niños.

Un año más tarde se prenderían miles de velas en las calles de la población La Victoria. André Jarlán, el

cura más querido por los jóvenes, había muerto producto de una bala que llegó desde afuera, donde luchaban carabineros y pobladores, mientras estaba en su dormitorio de la casa parroquial. Patricia decidió escribir su segundo libro, *André de La Victoria* (1985), y tradujo su diez por ciento de derecho de autor en centenares de copias que regaló a los pobladores a quienes el sacerdote había dedicado parte de su vida.

Víctimas de los disturbios hubo muchas, pero sin duda la historia de Carmen Gloria Quintana y Rodrigo Rojas Denegri, narrada en su tercer libro, *Quemados Vivos* (1986), es una de las más escalofrantes: una patrulla militar prendió fuego a dos jóvenes disidentes rociándolos con el combustible que ellos llevaban durante una protesta callejera en contra del gobierno. Rodrigo murió cuatro días después, mientras Carmen Gloria luchaba por sobrevivir y recibía numerosas donaciones de piel. «Carmen Gloria representaba, en lo más profundo, a todos los disidentes con sus luchas y sus cicatrices». ²⁸

En un principio el Ejército, consternado, negó la participación de sus miembros, pero con la muerte de Rodrigo tuvo que aceptar su responsabilidad. Sin embargo, con la publicación del libro, Pinochet sintió que Patricia había ofendido a las FF. AA. Citada a declarar, Patricia se defendió: «Yo no ofendo, yo informo de los hechos que ocurren. En este caso, quienes ofenden a las FF. AA son los que cometen crímenes como si fueran parte de sus funciones militares. Escríbalo tal cual, por favor. Se lo voy a repetir...». ²⁹ La veracidad de sus palabras la llevó a ser absuelta de las acusaciones. La «justicia de imprenta» marcaba una de sus mayores victorias.



Su padre y sus hijos Felipe y Diego: contraportada del libro *Bucarest 187*.

EL PODER

DE LAS VOCES IMPRESAS

En 1986 la jefatura máxima del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR) concretó el atentado al Presidente Pinochet, que venía tramando desde fines de 1984. Sus análisis —tras las protestas populares de 1983— los hacían concluir que el clima prerrevolucionario iría in crescendo y que Pinochet era ‘el obstáculo’ en la lucha por reconquistar la democracia. ³⁰

Basándose en el hecho, cuatro años después Patricia escribió, en conjunto con Carmen Hertz, su libro *Operación Siglo XX* (1990). «Reconozco —admite la periodista— que éste es el único tema en que tengo una suerte de aparente doble standard. Porque se ha mostrado históricamente como un atentado de un grupo de terroristas al general Pinochet, que es Comandante en Jefe de Ejército y Presidente de la República de Chile, custodiado por sus escoltas. Dentro de la barbarie que es siempre la muerte y el crimen, yo lo miro de otra manera: aquí está el Ejército regular de Chile, versus un ejército irregular, porque eso era el FPMR».

Continúa su argumentación: «Hay dos grupos de soldados enfrentándose, los dos tienen como misión matar y su costo asumido es morir. Son dos comandos armados, dos grupos con entrenamiento militar. Y, además, numéricamente pares: veinticinco contra veinticinco. Es un drama. Como persona habría preferido que no existiera ninguno de los dos ejércitos, pero como periodista lo miro en forma diferente. Y para qué te digo, ojalá nunca hubiésemos tenido un dictador en Chile». ³¹

Las sentencias se fueron acumulando, los procesos salieron a la luz y el trabajo de la periodista sería recompensado. La verdad iba traspasando los telones de prejuicios, el país sufrió un vuelco y los ojos se posaron en un nuevo libro: *Los Zarpazos del Puma* (1989), que logró vender doscientos mil ejemplares. «Yo me asusté mucho», cuenta Carmen Aguirre, «porque a pesar de que el gobierno del general Pinochet estaba en el ocaso aún era impredecible, para muchos, la llegada de la democracia. Varios familiares nuestros que eran y son momios le dijeron a Patricia que ella los había dejado sin poder dormir». ³²

«Para mí esa publicación significó la mayor emoción de mi vida —dice la autora—. Me permitió llegar a cientos de miles de personas. Caló en la gente como nunca ocurriera antes con una publicación. El libro se vendía en la calle como galletas ‘Superocho’, en las playas estaba junto a la toalla y hasta en una ranca, en un lejano caserío de Chiloé, un pescador lo tenía. Los chilenos lo usaron para darse por notificados». ³³

Los Zarpazos del Puma fue producto de una extenuante investigación acerca de los hechos ocurridos

durante la llamada 'Caravana de la muerte', encabezada por el general Sergio Arellano Stark y que costó la vida a setenta y dos prisioneros políticos en 1973. Los culpables están siendo procesados, ya que la ley de amnistía, dictada en 1978 por el gobierno militar, no contempló un 'detalle jurídico' que hoy permite seguir indagando para conocer el paradero de los detenidos-desaparecidos.

En una entrevista de Patricia a Manuel Trucco Gaete (Revista *Hoy*, 12 al 18 de marzo de 1980), representante de Chile ante la Organización de Estados Americanos en 1974, él afirma: «No se dictará la muerte presunta —en los casos de las personas detenidas desaparecidas— porque en doctrina penal la situación de estas personas desaparecidas constituye un supuesto caso de secuestro que no prescribe(...)». Aunque sí pudieron acogerse a la ley de amnistía los autores de los crímenes en que los cuerpos fueron encontrados, como sucedió con los responsables de la muerte de Sergio Verdugo.

Pero esto no desalentó a Patricia, porque ella ya había asumido en plenitud el rol propio de la prensa en los países donde la libertad de expresión cobra la forma del «cuarto poder». «Cuando se afirma que informar es un deber —argumenta ella en *La Segunda*—, que a su vez sostiene el ejercicio de otros derechos humanos y ciudadanos básicos, un periodista tiene entonces conciencia de sus roles: como fiscalizador de los poderes constitucionales y fácticos; y por ende fiscaliza en nombre del pueblo que escoge a sus representantes y les paga para que ejerzan su función con probidad».

El éxito alcanzado con la publicación de estos libros, tendría la contraparte en su vida personal. En

1991 Patricia se separa de Luis Matte. Intentando restarle dramatismo, comenta a sus hijos «que al menos les legaría la capacidad de cambio(...)de saber que la vida es un riesgo que se recorre en la montaña rusa de la incertidumbre...».³⁴ Sin embargo, reconoce haber estado en el 'ojo de la tormenta' de su crisis personal. Tras visitas al sicólogo y el proyecto de una nueva casa en La Reina, se embarca en otro libro: *Conversaciones con Nemesio Antúñez* (1995). El pintor, ya enfermo de muerte, en sus numerosas entrevistas le regaló a Patricia una percepción diferente de la vida: «Me ató la ética y la estética en la misma gavilla».³⁵

DULCE AMARGO

La labor de Patricia ya había cruzado las fronteras de Chile y se reconocía su lucha por la defensa de la libertad de prensa y los derechos humanos. En 1993 la Universidad de Columbia, en Nueva York, le había otorgado el premio María Moors Cabot, destinado a los mejores periodistas del continente.

El Premio Nacional de Periodismo lo obtiene el 11 septiembre de 1997. «El jurado basa su decisión en la calidad de su trabajo profesional de treinta años ejercidos con responsabilidad y vocación; el lenguaje depurado y versátil de sus escritos, entrevistas y aportes a los distintos medios de comunicación. Igualmente se valora la diversidad y amplitud del reconocimiento a su labor y fidelidad a sólidos principios, la consagración a una vida que le ofreció escollos de variada índole y que consiguió superar con entereza y noble sentido humano».³⁶ fueron las razones esgrimidas.

Pero el honor tuvo también sabor amargo. Ese día 11 de septiem-

bre se cumplían veinticuatro años de la intervención militar. Solo un mes después, y aunque ya recuperada la democracia, sintió que la libertad de expresión en su país estaba lejos de acercarse al ideal. «Renuncié en octubre de ese año a *TVN*, porque no resistí la autocensura. Había cinco reportajes míos que estaban sobre la mesa del editor y llevaban semanas y semanas sin exhibirse. La excusa era siempre que hubo mucho deporte o accidentes», explica.

«Era demasiado obvio que me censuraban, porque mis temas sí tenían que ver con los cimientos de la construcción democrática. En una nota sobre el proyecto de ley de libertad de culto me pidieron que la rebajara a dos minutos, y me señalaron que no había quedado suficientemente clara la posición del Derecho Canónico. 'A ver —comenté— me están pidiendo que corte quince segundos y, a la vez, que agregue otros a favor de la Iglesia Católica. ¿Qué sugieren ustedes que debo sacar?' 'Muy fácil —fue la respuesta—, la cuña del obispo evangélico'. Pensé: soy católica, pero renuncié en este minuto. Acababa de obtener el Premio Nacional de Periodismo y me fui directo a la cesantía».³⁷

Patricia asegura que en Chile no hay pluralidad de medios, ya que todos están en manos de la Derecha, sector político que, en última instancia, tendría el poder económico para permitir la existencia de un diario, canal, radio o revista y también para hacerlo desaparecer.

Distinta perspectiva ofrece Fernando Paulsen, periodista de *Canal 13* y ex compañero de Patricia en la revista *Análisis*. Él opina que, dejando aparte casos excepcionales como el de ella, cuyo status y prestigio serían mercedos, hay una generación que no

fue capaz de integrarse y aceptar las condiciones impuestas por el libre mercado. «Ellos consideran un error del gobierno no haber apuntalado financieramente los medios para que no desaparecieran. Para mí eso es una aberración. La gente agradece todavía la memoria de *Apsi*, *Cauce* y *Análisis*, pero el periodismo de trinchera aunque es bienvenido y legítimo, es también efímero».³⁸

«Patricia —sostiene Paulsen— tomó un papel consecuente con la opinión que se forma tras la muerte de su padre y tuvo que batallar con muchos de sus amigos de la DC que no aceptaban sus investigaciones. Ella es parte de una generación de mujeres periodistas que hizo, en este país, lo que yo denominé en una época 'justicia de imprenta'. En la imposibilidad de hacer justicia que, como dijo Aylwin, se da en la medida de lo posible, un grupo de personas, mayoritariamente mujeres, sin concertarse pone las cosas en su lugar».

«Nada —prosigue— que haya salido a la luz con los juicios sobre violaciones a los derechos humanos, pasó desapercibido a la prensa, ya sea en las revistas o libros. Esa generación estableció una suerte de equilibrio en términos periodísticos ante un desequilibrio estructural gigantesco. Cuando llegó el golpe de Estado, como dijo Juan Pablo Cárdenas, todo el periodismo chileno fue puesto a prueba. Se cerraron los medios, censuraron flagrantemente, por lo que era obvio tomar una postura frente a eso».

ACLARACIÓN NECESARIA

Es por sus amigos y toda esa gente que tiene fe en ella que Patricia quiso hablar sobre un conflicto que rodeó la publicación en 1998 de

su libro *Interferencia secreta*. Como las conversaciones que en él se pueden leer y oír —pues viene acompañado de un disco compacto— ya habían sido publicadas por *Análisis* y la cinta la tenía su amiga Mónica González, el reportaje despertó la indignación de los periodistas que trabajaron con las grabaciones.

«Yo he tenido una vida lo más impecable posible— afirma Patricia. «He cometido muchos errores pero en el espacio de lo íntimo. Como periodista intento que mi actuar sea transparente. Entonces que se haya supuesto que yo fui capaz de robarle la cinta a la revista *Análisis*, fue demasiado doloroso. Y además como nadie lo dijo públicamente tampoco pude desmentirlo. Le pregunté a Jorge Donoso, presidente del Colegio de Periodistas, si podía llamar al Consejo de Ética de manera de dejar clara mi inocencia. Quedamos de estudiarlo y al final yo opté por dejar todo tal cual como estaba».

Esta es su versión: «A fines de enero del 98 teníamos que ir juntas con Mónica González a declarar ante el juez Juan Guzmán Tapia. Mónica me dijo que era probable que fuera por un reportaje nuestro, Chile entre el dolor y la esperanza, porque ésa fue una de las primeras piezas que puso el PC como prueba cuando en enero entabló una querrela en contra de Pinochet. Ella me avisó que no iba a poder ir y yo fui al tribunal donde, efectivamente, el juez me preguntó por el origen del trozo de la cinta donde Pinochet dice que hay que botar el avión de Allende».

Patricia declaró que para preparar el material habían sido contratadas con Mónica por Ricardo García, del sello Alerce: «Le dije al juez que la verdad es que no sabía de adónde

lo había sacado y no tenía cómo averiguarlo porque García había muerto. Guzmán me preguntó si tenía más y yo le contesté que no, que era todo lo que conocía. Después llamé a la Mónica, le conté lo que había declarado. 'Ya, está bien', me respondió. Hasta que a fines de marzo o abril del 98 me telefoneó un señor —decía que por encargo del periodista Amaro Gómez Pablo, de la CNN—; me señaló ser el doctor Cristián Gossens y que tenía algo muy importante que entregarme. Apareció en mi casa a las nueve de la mañana y empecé a escuchar la cinta entera de la cual sólo conocía los trozos publicados con Mónica. Él me dijo que representaba a la persona que había hecho la interferencia, que necesitaba dinero para operarse».

A Patricia le interesó que esa cinta fuera conocida por los chilenos, pero no tenía dinero para comprarla, por lo que intentó que la publicara Salo, de propiedad de su cuñada Rosita Melnick, pero rechazaron la propuesta por ser material político. La periodista preparaba un viaje a Machu Picchu, tema de su próximo libro y así se lo explicó a Gossens, quien le rogó encontrara una solución. Patricia acudió a su editor y él le puso como condición para publicarlo que ella lo acompañara con un reportaje. La cinta se envió a Buenos Aires, a estudios especiales para limpiarla de los sonidos que la ensuciaban, y luego se firmó el contrato de edición con un cinco por ciento del derecho de autor para Gossens y una cantidad similar para Patricia.

Poco antes del lanzamiento, la editorial propuso conseguir el anticipo de un diario: «Llamé a *La Tercera*, porque soy amiga del entonces director, Fernando Paulsen». Así se reunió con Paulsen y se enteró de que el con-

tenido de la cinta ya había sido publicado por *Análisis* en 1986, al ofrecerla una persona a cambio de dinero para sacar a su mujer de la cárcel.

Tiempo después Patricia encontró la explicación a su laguna informativa: ella había estado de viaje durante dos meses al momento de la publicación del artículo en *Análisis*. Como su editor dijera en el lanzamiento del libro que por primera vez se publicaba el contenido de esa cinta, muchos se sintieron ofendidos. Patricia trató de reparar el daño en las entrevistas que dio, explicando que era la primera vez que podía oírse la cinta, pero que *Análisis* la había publicado —por escrito— con anterioridad. Lo que hasta hoy no se explica es por qué Mónica no le habló sobre la existencia de aquélla.

HORIZONTES INVISIBLES

Han pasado los años y la periodista se niega a olvidar. Para ella, re-

cordar es un acto sagrado. Significa volver a pasar por el corazón, por el 'cordis', en un proceso que conduce a la sanación. Recordar es también «un acto subversivo cuando el discurso imperante busca la desmemoria», señala. Como dijo Tzvetan Todorov: «La vida ha perdido en contra de la muerte, pero la memoria gana en su combate contra la nada».³⁹

Hoy la lucha de Patricia parece haber llegado a una tregua. El aire seco y transparente del Valle del Elqui los recibe a ella y a su actual amor, el pintor Óscar Jadue. Se dejan abrazar por la tierra y los árboles frutales que de ella nacen. Patricia no escribe y Óscar no pinta. El contacto con la naturaleza infla sus pulmones y tranquiliza las agitadas mentes cambiando el ritmo de la vida santiaguina por la paz de las aguas que, en un fluir interminable, atraviesan la tierra que germina.

Patricia puede respirar tranquila. Sus tres hijos, Felipe, Diego y José Manuel están sanos y la vida la mira

con una calma eterna después de las tempestades. Su labor aún no termina; eso sólo sucederá el día en que se reencuentre con aquellos que no están: Edgardito y Ángela, y su padre. Cuando se extinga la fuerza de su cuerpo y su alma entre en un infinito descanso.

Parte importante de su historia ya está escrita en *Bucarest 187*. Pero de las heridas aún abiertas queda mucho por contar. Y la 'Justicia de Imprenta', sin duda, se hará cargo de dar a conocer lo que ciudadanos, dirigentes políticos y Fuerzas Armadas necesitan saber para que, en un futuro cercano, entiendan lo que aún no tiene explicación. Para que juntos evalúen los hechos y puedan formarse así un juicio histórico que nos permita, a todos, descifrar los enigmas que hoy se adueñan de nuestros destinos.

Por Vanessa Kaiser
Colaboración de Ximena Reyes

F I C H A P E R S O N A L

Nombre: Patricia Verdugo Aguirre.

Nace: el 20 de octubre de 1947.

Padres: Sergio Verdugo Herrera y Carmen Aguirre del Real.

Hijos: Edgardo, Felipe, Ángela y Diego Marín Verdugo; José Manuel Matte Verdugo.

Estudios básicos y secundarios: Colegio Nido de Águilas, Monjas Carmelitas y Liceo 9.

Estudios universitarios: Periodismo Universidad Católica, 1965-1968.

Trayectoria laboral: 1969-1973, asistente de Relaciones Públicas de la Escuela Militar; 1974-1977, revista *Ercilla*; 1977-1986, revista *Hoy*; 1986-1990, revista *Apsi*; 1992-1997, *TVN*.

Publicaciones

Una herida abierta (1979) en coautoría con Claudio Orrego; *André de la Victoria* (1984). *Quemados vivos* (1986); *Los zarpazos del Puma* (1989); *Operación Siglo XX* (1990) en coautoría con Carmen Hertz; *Interferencia Secreta* (1998); *Bucarest 187* (1999); *Pruebas a la vista* (2000).

Distinciones

1993: Premio María Moors Cabot, de la Universidad de Columbia, EE.UU.

1997: Premio Nacional de Periodismo.

NOTAS

- 1 *Bucarest 187*. Pág. 63, 64.
- 2 *Los Zarpazos del Puma*. Pág. 7.
- 3 Entrevista a Patricia Verdugo.
- 4 *La Tercera*, 28 de diciembre de 1994.
- 5 *Ibid.*
- 6 Entrevista Patricia Verdugo.
- 7 Entrevista Carmen Aguirre de Verdugo.
- 8 Entrevista de Tati Penna, *Chilevisión*, programa De vez en cuando en la vida.
- 9 *Ibid.*
- 10 *Interferencia Secreta*, Patricia Verdugo, Pág 87, Editorial Sudamericana, 1998.
- 11 *Ibid.* Pág.23.
- 12 Entrevista Felipe Marín Verdugo.
- 13 *Bucarest 187*. Pág. 24, 25.
- 14 Entrevista Emilio Filippi.
- 15 Revista *Ercilla*, 7-17 de agosto de 1974, Patricia Verdugo.
- 16 Revista *Ercilla*, 6-12 de marzo de 1974, Patricia Verdugo.
- 17 *La Nación*, octubre de 1993.
- 18 *Bucarest 187*, pág 16.
- 19 *Ibid*, pág. 65-66.
- 20 *Bucarest 187*, pág 110
- 21 Revista *Hoy*, 2-8 diciembre 1981, Patricia Verdugo.
- 22 Término utilizado por Fernando Paulsen.
- 23 *Bucarest 187*, pág. 154.
- 24 Entrevista María Olivia Monckeberg.
- 25 *Bucarest 187*, pág. 166.
- 26 *Ibid*, pág. 163.
- 27 Entrevista Jaime Hales.
- 28 *Bucarest 187*, pág. 188.
- 29 *Ibid*, pág. 188-189.
- 30 *Operación Siglo XX*, Patricia Verdugo y Carmen Hertz, 1990.
- 31 Entrevista Patricia Verdugo.
- 32 Entrevista a Carmen Aguirre de Verdugo.
- 33 *La Época*, 28 de septiembre de 1997.
- 34 *Bucarest 187*, pag. 209.
- 35 *Ibid*, pag. 245.
- 36 *La Tercera*, 11 septiembre 1997.
- 37 Entrevista a Patricia Verdugo.
- 38 Entrevista a Fernando Paulsen.
- 39 Tzvetan Todorov, *Los abusos de la memoria*.